

POESÍA, ¿ERES TÚ?

Fermin Herrero

RESUMEN: Nadie sabe a ciencia cierta, en absoluto, lo que es la poesía. De ahí, quizá, de la búsqueda infructuosa de su ser y su naturaleza, procede su resistencia en el tiempo, pese a su flagrante antipragmatismo. Consciente en verso propio de este sublime, inigualable fracaso, he fatigado aproximaciones ajenas que pudieran esclarecerme algo, afán del que aquí ofrezco una pequeña muestra, variada, para dar buena cuenta de la riqueza y extensión del fenómeno poético, a tal punto que de él puede decirse una cosa y la contraria sin incurrir en contradicción. Al tiempo, avvicino el numen lírico a lo religioso, e incluso a lo místico, y trato de integrarlo dentro de las teorías del conocimiento, sin adentrarme en ellas, hasta desembocar en unas notas sobre cómo entiendo la aplicación de estas consideraciones a la escritura de un poema.

Palabras clave: poesía, místico, teoría del conocimiento, poética.

ABSTRACT: Nobody knows exactly what poetry is. That is why the unsuccessful search of poetry's being and nature generates resistance in time, despite its flagrant anti-pragmatism. I am aware of this unequalled failure. I have fatigued other's approximations that could clarify something about. Due to this quest, I offer a little varied sample, for taking account of the wealth and extension of poetic phenomenon. However, it is just possible both affirming something and opposing it, without incurring into a contradiction. I approach the lyrical numen to the religious, even to the mystical. I try to integrate it into theories of knowledge, without delving into them. Finally, I write some notes about how the way I understand all these considerations can be used in a poem's writing.

Key words: poetry, mysticism, theory of knowledge, poetic

Creo que no hay empeño literario más engorroso para el que lo acomete, así como prescindible para quien lo sufre como lector, amén de cansino y, con frecuencia, cargante, que una poética. Últimamente no se estilan mucho, pero hubo un tiempo en que parecían requisito imprescindible para completar cualquier antología en boga que se preciara, si bien no sería descartable que nadie se detuviera a desentrañarlas. Al menos quien esto firma solía saltárselas olímpicamente para centrarse en los poemas, a sabiendas de que el movimiento se demuestra andando y de que cualquier argumentación al respecto raramente suele pasar de ejercicio ocioso, ya que teorizar no sirve de nada a efectos de práctica poética. Por mi parte, cabría si acaso añadir que no tengo nada claro cómo afrontar ni en qué podría consistir mi presunta poética sin perderme en banales especulaciones, aun en el mejor de los lances accesorias, cuando no insoportables.

Y, sin embargo (“lo que la poesía quiere dar a comprender es una experiencia de la poesía misma”, aventura el poeta ibicenco Vicente Valero), me temo que todo aquel que perpetra un texto lírico con afán, como método, de conocimiento, y qué menos, persigue en el fondo dar con la naturaleza última e inefable de lo que, con bastante temeridad, nombramos como poesía: el “secreto manifiesto” de Goethe, la “ley suave” de Adalbert Stifter. Como nunca lo logra, ni siquiera a menudo la atisba o la vislumbra, suele repetir en vano, fatigando versos y versos, para espantar al sentimiento de pérdida que le deja un remusguillo de desasosiego, de desconcierto. Ahí radica su infinitud, encima volcada en la inmediatez. Es un fracaso dulce este perseguir lo cognitivo, en todo caso, porque posibilita la salvación de la escritura, bueno, su continuidad cuando menos. La nostalgia del riesgo, de los momentos de plenitud efímera, nos empuja una y otra vez hacia las inmediaciones de lo impenetrable, al par que ineludible.

En esas estamos, sospecho, muchos, porque no conozco otro remedio para curarse de la poesía que la posibilidad de la poesía, aunque este apego, esta devoción, conlleven el meterse en un atolladero. A cierta edad, a poca lucidez que nos quede, ya se sabe que nunca lo vamos a conseguir, que no nos encontraremos con ella jamás, que la espera, la escucha de una revelación de lo que ignoramos ha sido en vano y nos resta buscar consuelo en los intentos, aunque también nulos al menos más directos en cuanto se atienen a su definición, de otros.

Tal vez por ese motivo, además de como herramienta para procurar su difícil contagio en las clases de adolescentes, con los años me junté con un manojillo de citas en torno a la poesía harto curioso, por lo pronto original. Un buen día –no sé si para él, a quien enredé en una tarea con mucho de insensata-, no recuerdo a cuento de qué, azarosamente, se lo comenté a Jesús Munárriz. Él también tenía, dispersas, una sarta de aproximaciones al concepto de poesía. Decidimos juntar y mezclar los sedimentos a ver qué pasaba. De esta confluencia y posterior acarreo por ambas partes hará unos tres años o así. Ante las dimensiones ingobernables

que iba tomando lo acumulado, el archivo conjunto, optamos por parar y proceder al desbroce. Anduvimos tentados de titular el resultado como este escrito, convirtiéndolo al objeto de deseo en vocativo, a fin de interrogarla descaradamente a ver si daba señales de existencia, pero decidimos, al cabo, aun rompiendo la afirmación taxativa de Bécquer, optar por la ambigüedad: ‘Poesía ¿eres tú?’.

Aunque la escarda fue inmisericorde, hasta reducir las páginas recopiladas casi a la mitad, salvamos cientos de acercamientos concernientes a la poesía, el poema y el poeta. No quiero ni pensar qué habría pasado si desde que empezamos con nuestra voracidad lectora nos hubiéramos dado a la tarea de apuntar las reflexiones de interés relativas al asunto. Sin duda tendríamos una “summa” de proporciones bíblicas, tal es la profundidad de campo de este tema, cuya cosecha es interminable.

De entre semejante muestra me resulta harto difícil elegir la cita que más se ajusta a mi percepción del fenómeno poético. Depende del momento, incluso del estado en que me encuentre. Ahora mismo, me quedaría con una de René Char: “La poesía es el mundo en su mejor lugar”. No me acuerdo de cuándo la descubrí, aunque sé que ya la tenía anotada antes de proceder al acopio con vistas al libro. Tampoco de dónde la saqué. Diría, vagamente, que procede de los carnets de Albert Camus.

R. Char luchó en la Resistencia contra los nazis. Cuando la posición que ocupaba su comando partisano en el Macizo Central resultaba insostenible, se decidió su evacuación nocturna a bordo de un helicóptero. Al llegar a Argel, le contó a Camus que en mitad de la noche cerrada los camaradas dispersos por las estribaciones de las montañas, corriendo mucho riesgo, habían encendido hogueras a modo de despedida y que el detalle lo emocionó mucho, a tal punto que le vino a la cabeza la definición citada. Al cabo de tanto tiempo, a buen seguro he adornado la anécdota, espero no habérmela inventado por completo, pues tras descartar la consulta por no estropear acaso su memoria, me ha vencido la tentación de hojear los apuntamientos del autor de ‘El hombre rebelde’ correspondientes más o menos a las fechas en que debieron suceder los hechos y no he encontrado referencia alguna. Tanto da.

No obstante, mi predilección se ensombrece un poco con el término “mundo”. De muy pocas cosas, de casi ninguna, estoy seguro respecto a la poesía. Pero sí de que, de ser, está. Y está en todo. Cómo he llegado al cabo de tantos lustros de rellenar renglones cortados a esta perogrullada, a esta simpleza tan manifiesta, tan absoluta, tan de estribillo de las ‘Rimas’ (“podrá no haber poetas pero siempre...”) es el motivo último de estas palabras sobre la naturaleza de la poesía. El inciso se debe, a grandes rasgos, a que esta especie de enfermedad, trastorno o afección religiosa de orden patológico, esta manía de protección de lo sagrado, de lo trascendente, no sé, de lo espiritual, que perturba a ciertos individuos débiles de

la especie, seguramente no sea, sin más, sino un espejismo. Ahora bien, qué bello, glorioso incluso, no hay ninguno que se le parezca ni de lejos. Lo de está, porque estoy convencido de que la poesía, pese a la opinión contraria generalizada, no procede de uno mismo, sino que existe y significa siempre y en todo, sólo hay que recogerla, poniendo el máximo cuidado heideggeriano en no mancillarla, o en hacerlo lo menos posible.

De tal manera que prefiero “creación” a “mundo”, vocablo que tiendo a identificar con la historia de la humanidad, con los tejemanejes de las apetencias propias y ajenas, con la prisa, el ajetreo y los adelantos, con el frenesí social, la opinión pública... , con lo falsario, en suma. No necesito reinventar o fijar vidas, en cuyo caso me daría a lo narrativo o épico, sino tratar de explicarme, sólo tantear, lo que hay. Acompaño por este sendero que se aleja del mundanal ruido a Antonio Machado: “No desdéis la palabra; el mundo es ruidoso y mudo, poetas, sólo Dios habla”. Y me permito, al paso, un paréntesis etimológico a tener en cuenta: creación viene de poiesis, término que Platón fija en ‘El banquete’ como “la causa que convierte cualquier cosa que consideremos de no-ser a ser”.

En este orden de cosas, no me atrae mucho, por poner un ejemplo, la denominada poesía de la experiencia, volcada en lo ciudadano. No es un juicio de valor, por supuesto, se puede ser buen poeta, malo o regular siguiendo cualquier estética, sino que simplemente constato que no me seduce un modo expresivo que parte de la poesía de circunstancias, no confundir con la de encargo o de compromiso, de toda la vida -muy meritoria, que conste, ni más ni menos que Goethe, creo recordar, declaraba que toda su poesía lo era y admirable por lo lejos que me queda y la imposibilidad de escribirla, siempre y cuando se cultive con inteligencia y sensibilidad -inoculándole, para potenciar su expresividad, un distanciamiento o desdoblamiento del poeta en forma de sujeto poético con cierto barniz moral.

Puestos en este brete es necesario reparar, cuanto antes, en el silencio, “la memoria primordial” para José Ángel Valente, acaso la única manifestación palpable, en la línea de Guido Ceronetti, de lo divino: “la belleza de Dios es el silencio”. Para empezar, no debe nunca olvidarse que el silencio antecede a la palabra, si bien este elemento natural de partida está convirtiéndose en un lujo al alcance de pocos, y está siempre después de ella, aunque cada vez es más difícil, en medio del tiberio general rampante que la voz del poeta, de cualquier poeta, se deje oír, no digamos ya se tome en consideración o se reflexione sobre ella.

Es más, que la palabra viene del silencio, surge de ahí -como “destilación” suya la califica el filósofo catalán Rafael Argullol- y va hacia su ámbito, nos debe conducir, devolver, a él: porque sin silencio no se puede acceder a la contemplación y, a seguido, a la meditación, que sólo grana en el silencio; porque una vez dentro del poema es totalmente decisivo lo que no se dice, respetar el terreno

preciso en que tiene su potestad el silencio, que la palabra guarde una parte sustancial de él...”En el silencio” son las tres palabras a las que aboca entero el ‘Tratado de metafísica’ de Jean Wahl. Menos abstracto, Kirmen Uribe dictamina que, como consecuencia del proceso de toma de decisiones en cuanto al uso de uno u otro término, el justo y necesario, inherente a la escritura, “la poesía es un juego con el silencio”.

Para cerrar el motivo, aun sin intención de apurar la aparente dicotomía entre el silencio y el verbo, recorro a una apreciación, como tantas suyas, certera en extremo, de Martin Heidegger. En concreto a la anotación 38, hacia el año 1931, del primer tomo de sus ‘Cuadernos negros’, de reciente aparición en nuestro idioma: “Para llegar a saber *qué* está permitido decir y *qué se tiene que* decir, primero hay que medir el silencio en toda su extensión”. Vale, pero la tarea se las trae, porque la palabra se mide con el tiempo, pero el silencio lo hace con la eternidad.

Otra vez Heidegger; imposible no encontrárselo por el sendero que hemos emprendido a través de los intrincados andurriales y las abstrusas parameras de las cavilaciones teorizadoras; imposible soslayar a quien, asumiendo en cierta medida, un punto soberbia, el papel de legislador del mundo que pedía Percy Bysshe Shelley, estipuló que el lenguaje y la poesía son “la casa del ser”. Veamos otra entrada, una paráfrasis ontológica probablemente, quién lo diría, procedente del polemista Karl Kraus, del tomo inicial de sus diarios, muy ilustrativa acerca de lo antedicho: “En el pensar, el Ser viene a lenguaje. El lenguaje es la casa del Ser. En esa vivienda habita el hombre. Los poetas y los pensadores son los guardianes de ese lugar”. El estudioso Rüdiger Safranski decía de su figura: “La pasión de Heidegger era preguntar, no responder. A lo buscado y preguntado le daba el nombre de ser. Durante toda una vida filosófica planteó una y otra vez esta única pregunta del ser. El sentido de esta pregunta no es otro que el de devolver a la vida su misterio, que en la época moderna amenaza con desaparecer”.

Por esto último, entre otras razones, a pesar de los pesares, a toda costa como pedía Franz Kafka para sobrevivir, es una obligación ineludible del escritor arrancarle al silencio cuanto pueda. Al cabo, sembrar el silencio equivale a preparar “la cosecha del olvido”, según reza una de las ‘Rimas rezagadas’ escritas en su exilio parisino por Bergamín. “El primer compromiso del escritor es escribir”, como dejara dicho Miguel Torga, porque además “lo que no se escribe se pierde sin remedio”, en palabras del novelista Luis Landero y a esas encomiendas nos debemos, aunque se sepa que el precepto contrario (“creo que a veces, para seguir siendo poeta, hay que dejar de escribir” advierte Tomás Sánchez Santiago) es de obligado, si bien para algunos de imposible (el propio Char dixit: “no siempre es fácil ser inteligente y mudo, dueño de ti mismo y sublevado”) cumplimiento. Y pese a que lo que se sienta después de escribir sean remordimientos y nada más, como confesaba el gran Juan Rulfo, en coincidencia con lo expresado con

anterioridad por Joseph Conrad: “Lo más que se puede esperar de la vida es cierto conocimiento de uno mismo –que llega demasiado tarde- y una cosecha de remordimientos inextinguibles”.

Un silencio originario, paradójicamente genesiaco, pues, aguarda al final de la creación, que debe ser, debería ser, el principio de la expresión. Está ahí, esperando la mano de nieve que la despierte o que la entierre para nunca jamás. No otra interpretación alienta el alcance del subconsciente colectivo junguiano y de los arquetipos subsiguientes, teoría compleja y apetecible en la que no entraremos por exceder nuestras intenciones. Justo aquí encajaría la insólita definición del poeta limeño Lorenzo Helguero: “La poesía es comparable al apéndice o a las muelas del juicio; resto inútil de una época primigenia”. Todos hemos sentido alguna vez, durante la titubeante plasmación, es decir, frustración, del verso, la pérdida de un latido primordial y sustantivo que se rememora difuso, que se escurre en cuanto nos llama a través del lenguaje, en su inminencia e inmanencia condenado a equivocarse. Somos conscientes de inmediato del engaño y, sin embargo, como hemos adelantado, queda un silencio expectante, germinal, que tarde o temprano nos impele a regresar a lo innato, a su rumor donde no cabe el olvido. Es un vicio sin cura, quien lo probó lo sabe. Luis Rosales fue capaz de resumirlo con propiedad: “El lenguaje, como las emociones, nace en una fuente remota del sentir colectivo”.

Nada nuevo ni original, sin duda. A grandes rasgos es la misma concepción que defendiera Federico García Lorca cuando, jugando con los términos y dándole la vuelta al orden sintáctico en forma de quiasmo, concluía que “todas las cosas tienen su misterio y la poesía es el misterio que tienen todas las cosas”. Lo mismo valdría para “el alma del poeta se orienta hacia el misterio” machadiano. Así que, en efecto, lo enigmático en lo existente, en la existencia, es todo; luego la derrota verbal es segura, de ahí la necesidad durante la escritura de la cautela y la distancia. Ni que decir tiene, por lo demás, que el hecho de que lo misterioso sea insondable no quiere decir obligatoriamente, a priori, como suele ser costumbre, que se corresponda con lo inexplicable, tal y como se contempla desde la óptica paranormal y adyacentes, sino con lo que está inexplicado, lo que es desconocido sin más, aun prejuzgando que en modo alguno va a poder alguna vez explicarse.

Y que, pese a que el misterio quede, su rastreo es de por sí un consuelo, nos aporta, como poco, un poso de serenidad, tal y como le comentaba, a partir de la línea de una colina o de una brizna de hierba, Gisèle Lestrangé desde Antibes, en una carta fechada el viernes 1 de abril de 1966, a su marido Paul Celan, internado en un psiquiátrico a raíz de uno de sus brotes esquizofrénicos. Sea como fuere, además, donde hay misterio hay una promesa de lo pleno y más adelante abordaremos su relación intrínseca con lo religioso, en consonancia con la formulación de Novalis: “todo sentir absoluto es religión”.

Que todo sea, en resumidas cuentas, un recobrar se intuye vagamente cuando, como un eco lejano –“el lenguaje es recuerdo” sentenció el decisivo lingüista Fritz Mauthner- nos llega, más bien nos alcanza, la palabra advertida, retomada pero a la vez con apariencia única e inédita, la sola justificación del anhelo poético, porque la realidad es entonces, si acaso, simplemente un tránsito hacia la súbita transparencia verbal, eterna, presentida. De tal manera que el verso, más allá de su condición de pregunta retórica donde no cabe el hallazgo, sino la búsqueda, se manifiesta como un vislumbre de algo conocido, aunque olvidado, que traspasa la noción del referente para cerrarse en sí mismo, fruto del instante del falso desvelamiento. Con independencia de que la presunta revelación termine siendo indefectiblemente ruina lingüística, escombros sobre los que poder reedificar, intentarlo para ser sinceros, desde la memoria otro verso rescatado que invalide a los que lo preceden y así sucesivamente, para mantener el impulso de hilvanar un sentido oculto que se escapa. Eso, dejando de lado lo admirativo que subyace en el asombro ante el prodigio.

La indagación en el silencio, por otra parte, conduce directamente, como decíamos, a lo religioso, sólo hace falta pensar en el Maestro Eckhart. Religión viene de religio, acción y efecto de amarrarse con intensidad; concita los sentidos, fundamentales para el ejercicio poético, de religar y de enlazar. Conceptos como identidad a lo largo del tiempo y reunión de lo espiritual no le serían ajenos a esta dimensión unitiva, que implica ligazón con lo eterno. Incluso sin fe alguna, la intuición de lo que está integrado y permanece, del misterio, implica, entraña en sí misma una extensión religiosa, acaso ritual, de nuestros confines.

En realidad la poesía bien puede ser la intuición de las relaciones que se desconocen. No obstante, sin entrar al detalle en el acercamiento o la equiparación, que son factibles, cabe resolverlos, más que refutarlos, mediante la delimitación taxativa que trazara Thomas Merton: la experiencia estética, a diferencia de la religiosa, dura sólo mientras se halla presente el objeto, sentimiento o pensamiento del que parte.

En su inaudita lucidez, el pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila nos legó uno de sus escolios aforísticos en forma de lapidario aviso para navegantes despistados, abducidos por el desbarajuste de lo moderno: “cuando el individuo pierde la convicción de su significancia religiosa, la lírica se convierte en testimonio de su insignificancia empírica”. O éste más discursivo, como clavo que puede desclavar, o acaso asegurar per saecula saeculorum, al anterior: “El acercamiento a la religión por medio del arte no es capricho de esteta: la experiencia estética tiende espontáneamente a prolongarse en premonición de experiencia religiosa. De la experiencia estética se regresa como del atisbo de huellas numinosas”. Dicho sea de paso, aún tiene, en sentido general, por lo que atañe a este escrito, una admonición más dura: “El poeta, para hablar de poesía, recurre a la peor retórica”.

Aprovecho para detenerme en otro breve descanso digresivo, con intención de desfogar mi perplejidad creciente. En un libro recopilatorio, magnífico, recién aparecido, ‘Don de lenguas’, Jordi Doce entrevista, entre otros, al destacado poeta francés Philippe Jaccottet, que se hace de cruces sobre la aparición, cada vez más común, de versos o citas poéticas en las necrológicas de los diarios, en lugar de las referencias bíblicas tradicionales. Concluye, con ciertas dudas, que la poesía puede estar sustituyendo a la religión. Que incluso hay gente que le escribe contándole que ha leído textos suyos delante de tumbas, lo que le parece conmovedor. No ha mucho que me ha sucedido en un entierro, y por partida doble, lo mismo. No sé qué pensar. A mí me ha dejado como mal cuerpo, me ha resultado desasosegante como mínimo. En fin.

En uno de los escolios de Gómez Dávila nos acercábamos con la noción de lo numinoso, que exploró en profundidad el eminente teólogo Rudolf Otto. El numen lírico se ha entendido desde el clasicismo como sinónimo de la musa o de la inspiración. R. Otto lo relaciona íntimamente con lo sagrado, independizándolo de la teología tradicional por cuanto lo emparenta con las experiencias humanas de religiosidad común, que escapan a la razón y se encaminan hacia lo inaprensible e inaccesible, lo incomprensible, en suma, a través de conceptos. De hecho, señala que “sólo cabe dilucidar” lo numinoso, pues pertenece, en el plano de lo arcano en G^{ra} Lorca que citábamos, a lo que no se concibe ni comprende por su condición de recóndito, oscuro y secreto. Que al hombre, ante esa potencia inabordable que le excede, sólo le resta “un sentimiento de criatura” de la que deriva la humildad religiosa, el mismo abajarse, a mi juicio, que debe guiar la labor del poeta. En efecto, cuando Otto emprende el análisis de los medios de expresión de lo numinoso, al toparse con la palabra, le reclama a quien la escribe, para lograr cierta alianza sublime, que escuche “el espíritu en el corazón”.

Contemplada desde esta perspectiva y saliéndonos un poco del bucle metafísico, en tanto rebasa el lenguaje y por consiguiente no admite caracterización ni taxonomía, se ha afirmado que la poesía no pertenece a ningún género literario, esto es, que se encuentra, lo que parece evidente, fuera de las lindes de la literatura. Entre otros, lo dijo Antonio Gamoneda con motivo de la concesión del Cervantes.

Claro está que, volviendo desde lo numinoso a la exposición que nos ocupa, de ahí a “La transparencia, dios, la transparencia” y demás vericuetos, derroteros metafísicos hacia los que se inclina Juan Ramón Jiménez según avanza ‘Leyenda’, alarmantes pero al tiempo cardinales para el devenir de la lírica española contemporánea, media muy poco. Eso sí, hay que tener presente (“no soy un literato, soy un poeta que realiza el sueño de su vida”) la proverbial, completa, excepcional, conmovedora consagración juanramoniana a la Poesía, su vida total, lo que bien pudo abismarle a la confusión. Lo que no es eximente; se me ocurre aplicarle como correctivo la exclamación del, en general discreto, por elíptico,

Antón Chéjov: “Dios mío, no permitas que juzgue o hable de lo que no conozco y no comprendo”. Más tajante se muestra el poeta árabe actual quizá más conocido, Ali Ahmad Said, *Adonis*, cuando establece que “la poesía es lo contrario de la religión”. Aunque algo debe haber, me acuerdo de oír, hace mucho, en la tele, a Juan Gelman, poco sospechoso de ser creyente, que un poeta norteamericano cuyo nombre no retuve le había comentado que “la poesía es apretar a Dios hasta que hable”. Y Peter Handke, otro que tal, contempla lo poético como “la vereda que lleva a lo divino”.

Valdría igualmente al respecto la famosa afirmación categórica al comenzar “Espacio”, uno de los poemas fundacionales de lo que se entiende por modernidad lírica y poesía pura: “Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo”. Con esa apropiación de lo sustantivo, el autor de ‘Platero y yo’ se incorpora por entero a la tentación deificadora del poeta que proviene del romanticismo, con los peligros que tal actitud conlleva en todos los órdenes, no sólo en el terreno literario. Para empezar, asomarse al precipicio, si no cometer un desafío propio de ser castigado por enlodarse en la hibris, una transgresión sin sentido que en el fondo es una muestra de fatuo desprecio hacia sí mismo. No es de extrañar que uno de los poemas más repetidos del de Moguer es aquel que reconoce sin ambages, por el contrario, que no somos nada, que la creación proseguirá su marcha, mucho nos tememos que ciega, que nos iremos y “se quedarán los pájaros, cantando”.

La súbita aparición de cualquier especie de divinidad en el pensamiento del hombre es lo que los griegos, a los que hacía referencia en el párrafo precedente, llamaban epifanía, una revelación instantánea que se presenta desde la realidad, pero que está al tiempo muy por encima de ella. Es una rara suspensión que se nos concede en nuestra lucha perdida contra el tiempo enemigo y, paradójicamente, una percepción durativa que libera lo más profundo del ser humano y de cuanto lo rodea. Mircea Eliade prefería denominar a estas manifestaciones de lo sagrado hierofanías. Ante esta intuición, al poeta le asalta con frecuencia la tentación, a partir simplemente de un presentimiento, de convertirse en demiurgo. Una contingencia cercana al trance de la que pienso que se debe huir. Por otro lado, probablemente por motivos de carácter, prefiero el tanteo al axioma, la lucidez a la ebriedad en el intento de que el temblorcillo de emoción que lleva aparejado la llegada del poema perdure después de leerlo, lo que no deja de ser, por proseguir la isotopía que estamos trazando, una plegaria.

Inclusive, apurando el argumento anterior, se podría arrimar el objeto de la poesía a la mística, siempre y cuando se tenga en cuenta que el ahondamiento o la búsqueda precaria propios de la escritura lírica nunca alcanzarán, ni lo pretenden salvo en singularidades, la unión con lo divino, no confundir con lo asimilado, conseguido. El ensayista y poeta polaco Adam Zagajewski lo compendió con propiedad: “La poesía es misticismo para principiantes”. También, de entrada,

es una evidencia que, salvando las distancias abismales, fundamentalmente el muro infranqueable que imponen la intensidad de la fe y la posesión extática, la inspiración hacia el estro lírico y las manifestaciones místicas comparten la misma sensación de conciencia cósmica, de arrebato elevado, de un darse por completo y salirse fuera de sí en todo. En el fondo es la misma conmoción al tener la seguridad, acaso simple desvarío o dislate en cuanto su inminencia jamás se logra, de que se abren por completo las puertas de lo perceptivo al fruto de lo misterioso, donde aguarda el logro de la evidencia.

No cabe duda de que puede establecerse una equiparación entre lo inspirado y lo místico, poniendo el acento en lo ilegible, en lo incomprensible de la creación. La actitud poética comparte con la religión, a mi juicio, la idea cardinal de preservar lo sagrado, la misma identificación espiritual, la contraria de la de índole mecánica o pragmática que suele imponerse durante nuestra existencia. No obstante, enlazando con la pertenencia a y de Dios que se presupone al místico y que imposibilita su comprensión, según mi criterio, el poema, aunque a diferencia del aserto filosófico debe aventurar respuestas frente al carácter netamente interrogatorio de aquél, es una búsqueda, aunque sea finalista, mientras que la esencia de lo místico reside en el encuentro pleno con la verdad trascendente, traspasa el decir para internarse, amparándome en la terminología de Michel de Certeau, en lo dicho. Sería, por tanto, una enunciación retráctil, desde lo cumplido.

A propósito de lo sagrado, que ha salido a colación, cabría matizar que puesto que lo divino emana del propio misterio de lo creado, se percibe como una interrogación donde anida de continuo, especialmente en la naturaleza, lo trascendente. En el novelón ‘Verano tardío’, el injustamente postergado A. Stifter observaba que “los hábitos antiguos transmiten una especie de calma, aunque sólo sea la calma de lo que perdura”. Para el historiador decimonónico de la cultura, particularmente sobre la del Renacimiento, Jacob Burckhardt, que analizó por extenso la materia, en cualquier manifestación artística subsiste la convicción de que la poesía y la vida intelectual en su conjunto estuvieron un día al servicio de lo sagrado. Por eso, de manera inequívoca, la tradición apuntala su pervivencia. Y se está perdiendo a pasos agigantados, diluida en el zeitgeist nihilista y allanador de nuestro tiempo.

El reputado diarista ginebrino Henri-Frédéric Amiel centró con meridiana claridad lo que venimos tratando, lo que pensamos, con estas palabras: “experimento suficiente alegría con sólo haber rozado un misterio, haber adivinado una cosa profunda o tocado una realidad sagrada”. De lo sagrado bien podríamos retrotraernos al binomio verdad-belleza que John Keats, aquél cuyo nombre fue escrito en el agua, esculpiese en su formulación “beauty is truth, truth beauty”. Sobre este principio, el poeta esloveno Srečko Kosovel, como tantos otros, sostiene que “la belleza no es otra cosa que un contenido sagrado que tiene cada criatura, cada grano de trigo, cada brizna de hierba, cada tallo de flor, cada piedra...” y en

los puntos suspensivos cabe la creación en su conjunto. No avanzaremos más por esta veredilla clásica sin duda harto feraz, pero que nos obligaría a reunir demasiadas fuerzas, de las que no dispongo en este momento.

De cualquier modo, me he ceñido hasta ahora a la cita de Char cuando, como he dicho antes, son cientos las que aparecen en el libro de Hiperión ‘Poesía ¿eres tú?’ y abundan las sugerentes, tanto que no me resisto a situarme a la sombra de alguna. Quizás falten apreciaciones esenciales de autores determinantes debido al carácter inmediato de la recopilación; de habernos puesto manos a la obra desde nuestros inicios lectores, y no hace tan poco tiempo, hubiéramos evitado olvidos. Así mismo, puesto que constituyen la base de cualquier formación, no es de extrañar que estas lagunas afecten sobre todo a los clásicos, si bien hasta el romanticismo apenas se había abordado lo metapoético, centrándose incluso las poéticas teóricas en la praxis del ejercicio poético con el referente ingravido de las musas, posteriormente relevadas por la inspiración, y en los rasgos genéricos. Aspecto que he comprobado al releer a tal efecto a Villamediana, Gutierre de Cetina, Soto de Rojas, mi querido Gabriel Bocángel...

Por cierto, esta tendencia a interrogarse sobre el propio objeto de la labor lírica es síntoma a buen seguro del ensimismamiento estético que impone la doxa moderna, pero ésta es harina de otro costal. Recordaré tan solo que Jenaro Talens, destacado experto en la materia, tanto en su vertiente teórica como práctica, dictaminó que “la metapoesía no existe, o bien no existe la poesía: ambas son una y la misma cosa”. Que efectivamente. Wallace Stevens, el prodigioso aforista, lo corrobora en unos versos: “La poesía es el tema del poema,/el poema surge en ella y hacia ella/luego retorna”. Si bien, en otro lugar él mismo se desmiente, con razón, a mi escaso entender: “el tema central y directriz de la poesía es la vida, la fuente que nunca cesa”. No se me ocurre mejor broche para cerrar de momento nuestra batida, sin rodeos, hacia el núcleo ontológico de la cuestión.

Procedamos, pues, como maniobra de distracción, al picoteo, vayamos a algunos acercamientos a lo poético que me resultan atractivos por unos u otros motivos y así, de paso, tal vez nos podamos hacer una idea de la riqueza y extensión de posibilidades al abordar el fenómeno lírico del que igual se puede decir una cosa que la contraria, sin perder la razón ni la compostura. Procuraré no adornarme en la exégesis, en todo caso innecesaria y prescindible por entero.

Los hay que recurren a metáforas terminantes, cuyo significado concuerda con lo que hemos venido exponiendo. Así, según José Hierro, la poesía es “una caja fuerte cuya combinación desconocemos” o, para Sebastián Salazar, es “una habitación a oscuras”. En parecidos términos, Ángel Crespo estima que se asemeja a una aguja en un pajar, con el añadido, en una vuelta de tuerca inesperada y portentosa, genio y figura, de que “cuando el poeta, por fin, la encuentra, la esconde otra vez entre la paja”. O W.Stevens, que acude a la metáfora “la poesía

es un faisán perdiéndose en la espesura”. O, de manera aproximada, Bernard Noël, que la identifica con “una reserva de agua inencontrable cuando se tiene sed”. También el citado Juan Gelman, para quien “es un árbol sin hojas que da sombra”.

Muchos otros ponen al descubierto la poesía mediante tropos fulgurantes de aire irracional. Por ejemplo el cubano José Lezama Lima nota su presencia en “un caracol nocturno en un rectángulo de agua”; el sueco Artur Lundkvist la sitúa en una “cuerda de tender suspendida entre un faro y un cerezo”; el norteamericano de Illinois Carl Sandburg la percibe como “el diario de un animal marino que vive en tierra y quisiera lanzarse a los aires”; la Nobel sudafricana Nadine Gordimer, en fin, la reconoce, “a la vez escondrijo y altavoz”. Pero no agotemos el muestrario procedente del venero de lo subconsciente.

Sin recurrir a la imagen neta, numerosos autores corroboran lo expuesto, apuntan en sus definiciones a la naturaleza última de lo lírico. El húngaro Sándor Márai, hablando de su compatriota Gyula Juhász, anota en sus estremecedores diarios finales que “la poesía se halla en la materia del mundo, en todos sus prodigios, como la estatua en el mármol; sólo falta revelar su forma”. “Poesía es el significante principal de lo indefinible, de lo innombrable”, sintetiza el hijo de Jacques Derrida, a la sazón, aparte de poeta, narrador y ensayista, Pierre Alféri.

De la mano del símil desarrollado, el alemán Jochen Hörisch la compara con “el papel moneda: ambos son ficticios, ambos realizan una interacción moralmente espinosa y practican un intercambio universal con casi todo (el dinero lo convierte todo en mercancía, la poesía convierte todo en tema propio), ambos simulan (o fingen) y en la era de los medios de comunicación ambos devienen fenómenos anacrónicos”. El guatemalteco Luis Cardoza y Aragón va hasta el final de la hipérbole: “La poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre”... Dejamos aquí la labor de entresaca de las citas del libro por resultar interminable, no en vano, según Luis Cernuda, y no le falta como casi siempre razón, “en la morada de la poesía hay muchas mansiones”, muchísimas.

Ahora bien, siendo conscientes de lo apuntado con anterioridad, habiéndolo asumido, qué remedio, y en consonancia también con la radical inutilidad del ejercicio poético, en los antípodas del pragmatismo imperante, reinante y tronante (eso sin contar con que la moral y las artes no conocen el progreso y esa carencia es un drama, que arrastran, para nuestro tiempo), hay que seguir probando y tomando nota; hay, como decíamos, que tratar de arrebatarse al silencio, que todo lo sabe, lo que buenamente se pueda, sin perder nunca de vista aquello del varias veces mentado, por ser avezado teórico, W.Stevens, poco sospechoso de aferrarse a lo terrenal en detrimento del vuelo metafísico: “Lo real es sólo la base, pero es la base”, sin desatender nunca que normalmente, en la vida real, se piensa lo que se dice, mientras que en el poema, en cambio, lo oportuno e ineludible es decir el pensamiento.

Siempre y cuando, qué le importa a la abeja la genealogía de la miel, me susurra en voz baja, desde su inmaculada blancura que no es sino la pureza de lo verdadero, Emily Dickinson, se olvide cualquier indagación metafísica del tenor de las que nos tienen enfangados en el presente trabajo. O, en todo caso, se obvie, se refrene y se apague en el poema. Es legítimo y, como vengo defendiendo, aun deseable, perseguir más allá de lo que se sabe, de lo que se recuerda, en un poema, que tiene la obligación de superar de alguna manera, sin ser predeterminado, lo que expresa, pero siendo consciente de que se afronta el peligro, cercano, de no saber lo que se dice, o sea, de no decir nada. El hermetismo, cuando se convierte en coartada, desagua en el todo vale o bien en una oscuridad que deja entrever la impotencia expresiva. El hallazgo no admite galimatías. El repetido proverbio “es fácil ser difícil, lo complicado es ser sencillo” apoya esta impresión.

Es cierto que la claridad, aun cuando esté desvelada mediante la condensación como elemento imprescindible, restringe el aura elevada que de por sí seduce en la poesía y que, por añadidura, no alimenta a la hermenéutica, a menudo trampolín de la brega lírica y de la carrera literaria, pero implica cierta lealtad hacia el lector y, en último extremo, fidelidad ética hacia uno mismo, la más importante, la categórica, la insobornable. “Llaneza, muchachos, que toda afectación es mala”, se lee en ‘El Quijote’.

Del mismo modo a quien se apoca de antemano en una sencillez a priori lo acechan dos enemigos definitivos: el simplismo (que no es lo mismo que lo simple, que de ser natural, es insuperable, sino el caer en el facilismo o la imprecisión, el infierno siempre acechante) y los caminos trillados. “Claro y difícil” escanció con su ingenioso y diestro senequismo José Bergamín. Lejos de la palabrería, el incomparable Bergamín defiende el estilo sencillo, pero hondo, no simplón. Una diferencia que parece mínima e intrascendente, cuando es fundamental. Es la que separa, por caso, a José Antonio Gabriel y Galán de Antonio Machado, que tanto le debe, aunque parezca una barbaridad a estas alturas decirlo, incluso versos casi enteros: “el pan que me alimenta” y otros.

Una sentencia oriental, cuya procedencia ahora mismo no recuerdo, reza: “nada de lo que destaca brilla”. La brillantez, sobre todo la fundada en los tropos de índole semántica, merma a mi juicio la calidad del texto. No hay manera lírica más fácil, una vez pillado el truco y hecha la mano a ello, que la que activa la máquina de las metáforas, máxime si son abstractas. El resultado es un monocorde tono donde todo queda poetizado, que banaliza el texto, tanto más cuanto más sublimes son los símiles e imágenes. Cualquier significado, no digamos sentido, de haberlo, se torna confuso por un revoque excesivo que enturbia el fondo mientras cascabelea en la superficie.

Con objeto de que la poesía no se note pero inequívocamente esté en el verso, toda sobriedad en la dicción, toda renuncia es poca. A tal efecto, es preferible, por

poner un ejemplo, mitigar lo excelso, lo sublime, y rebajarlo hasta que se anule por sí mismo que acometerlo, atacarlo con la ironía. “El estilo está hecho de renunciaciones”, sintetizó en un apotegma, que no parece muy de su escuela, el impar Rafael Sánchez Mazas. Esta reducción a lo elemental supone, claro, tomar la dirección contraria a la emprendida por la inflación de imágenes que pusieron en marcha las vanguardias, que ya venía, sin tantas ínfulas, desde el romanticismo. Máxime ahora, cuando se ha generalizado el todo virtual y el atracón de informaciones baladíes.

En definitiva, no se trataría de entender la naturaleza, lo creado, sino de entenderse sin perturbarla con ella, bien yendo sin esperanza, con convencimiento, hacia el horizonte de significado siempre en fuga que nos propone o bien en la espera infructuosa del cazador. El haber sentido, tocado, degustado la belleza basta. No cabe añadir más porque se rompería el hechizo, no debe alejarse lo inmediato mediante el artificio. Por lo tanto conviene trabajar con muy pocos mimbres, sin ornamentos, pues sólo desde la modestia se puede calibrar la pureza, aceptar la condición humana. “En todos los tus fechos, en hablar e en ál./escoge la medida e lo que es comunal”, lección que deberíamos haber aprendido del Arcipreste de Hita y que, pasados tantos siglos, en este tiempo de exhibicionismo e impudor, de autobombo, es imprescindible acatar, evitando cualquier modo de énfasis. A tal fin, no son tampoco indispensables, ni por asomo, alharacas ni cosmopolitismos: “cuanta menos acción hay y más pequeño es el entorno que precisa un poeta, tanto mayor suele ser su talento”, le comentó el andarín Robert Walser a su ejemplar editor Carl Seelig en uno de sus desaforados paseos.

Por eso, ya que lo esencial se oculta de modo irremediable y en consecuencia no es factible sino su ofrecimiento, sin la intervención del “yo” poético, lo que interesa no es nombrar directamente sino mostrar la vibración, la emoción lírica tal cual que sucede al descubrimiento de lo imperecedero en lo mortal, del ser en la existencia. Este ocultamiento, dicho sea de paso, nos trae a la memoria una anotación del filósofo Ludwig Wittgenstein: “Para el hombre lo eterno, importante, está cubierto a menudo por un velo opaco. Sabe que debajo hay algo pero no lo ve”. Seguramente alude al pensamiento pero lo mismo cabría aplicar, como hemos comentado por extenso, a la poesía. Sin duda hay cosas que no pueden expresarse y en virtud de este axioma se yergue su célebre imperativo de silencio ante lo innombrable. Y, en todo caso, de enfrentarse a lo insondable, seguir el hilo que trazó Joseph Joubert con mano diestra: “La verdadera metafísica no consiste en volver abstracto aquello que es sensible, sino en volver sensible aquello que es abstracto; aparente aquello que es oculto; imaginable, si se puede, aquello que no es sino inteligible; inteligible, en fin, aquello que se desvanece con la atención”.

Pero que el hilo no sea siempre el mismo. Lo más cómodo, cuando se ha asentado, cuando se domina un decir poético propio es recaer una y otra vez en él, obstinarse en idéntico guante. Sin abandonar el terreno peculiar que se ha conquistado,

antes bien conservándolo como campamento base, sobre todo si es verdaderamente propio, es conveniente que cada poemario, que cada intento en vano, constituya una expedición distinta, la búsqueda de un acento diferente en armonía de tono, porque el que se convence o se somete a lo conocido o prefijado, sucumbe al cabo en la obscenidad del manierismo, del autoplagio. Lo diré mejor con el poeta Jesús Aguado: “Cada libro de poemas es un plan de fuga puesto en práctica para escapar de una cárcel diferente. El poeta que escribe siempre el mismo libro (aun si este es genial en todos los sentidos) se limita a soñarse como poeta [...] Cuando uno escribe el mismo libro reiteradamente se está convirtiendo en su propio carcelero”.

De todo lo dicho se deduce que en lo relativo a la concepción de la poesía creo que nada es mío, que todo se adquiere, mientras que, por el contrario, del resultado, de sus versos, el poeta, aunque no sean de su propiedad, es el único responsable, con la obligación añadida de que debe escribir, conociéndolos a fondo, lo máximo posible, contra todos sus predecesores y separándose también de sus coetáneos. Sobre este particular no se debe nunca perder de vista que lo novedoso no es sinónimo de lo original, como matizara con su naturalidad y precisión características Juan de Mairena. En virtud de la condición última de lo poético, todos los poetas, vivos o muertos, somos contemporáneos, todos somos actuales, todos estamos presentes en el repetido acto de escribir, en el que sentimos cercanos, a nuestro lado, a poetas de hace siglos.

Recuerdo ahora, aunque él lo hacía con cierto sarcasmo apuntando al final que “somos demasiados”, una poética, intitulada “Poema al modo de Anthony Thwaite” del conquense José Luis Jover, en una vieja ‘Joven poesía española’ de Cátedra, que consistía simplemente en una ristra larguísima de poetas de su generación a guisa de listado. Nadie descubre América, pero pretender hacerlo sin recorrer previamente las huellas que han marcado las variadas tradiciones líricas es de todo punto imposible, quien escribe está inmerso en el curso de toda la poesía occidental, es descabellado que crea que instituye una poética o un estilo ex-novo. Siguiendo el hilo de la tradición la poesía se despliega en el tiempo y apunta, como venimos intentando razonar, más allá del tiempo, puesto que sobre ella la muerte no tiene dominio.

No hay que echar tampoco en saco roto que para enfrentarse a la poesía en sí, a su meollo ontológico, se debe ser digno de poder hacerlo. Y no es mi caso, desde luego. Si no queda otro remedio, habrá que conformarse al cabo con la sospecha, sea o no fundada, de que algunas metafísicas envolventes a lo Heidegger no son sino chifladuras, o bien consolarse con que cualquier adentramiento como el que he esbozado, aun siendo tentativa nula, no deja de ser encomiable. Más o menos Tristan Tzara defendía que la insuficiencia de medios de los que disponemos no invalida nuestro deseo de profundizar, que es ilimitado.

Es probable así mismo que el delirio especulativo hacia lo inconcebible, las elucubraciones que anteceden, no tengan fundamento, que en modo alguno pueda existir una especie de inteligencia orgánica o ley de lo absoluto y perfecto que rijan el universo con armonía. No obstante, en su transcurso nos sostiene la ilusión, aun delirante, de que intuir lo sepultado, o una mínima porción, nos depara un vivir más alto y, por añadidura, sus secuelas son provechosas. Y en modo alguno conviene, por negarlo, caer en brazos del relativismo triunfante.

Así que, llegado el momento de la verdad, el de la venida o aparición del verso, habría que hacer, siguiendo lo que le espetó Soma Morgenstern cuando fue interpelado al respecto por Robert Musil, como los patos al salir del agua, sacudirse cualquier poética o conjetura conceptual hasta quedarse como nuevo, es decir, enfrentarse a la palabra sin ninguna idea preconcebida o teoría como aparejo, guía o apoyatura.

En fin, aprovechemos esta última alusión para volver al principio. Es obvio que si alguien diese con el secreto y descifrara definitivamente la esencia de lo poético, verbalizándolo y escribiéndolo, se acabaría el enigma y, por tanto, la poesía. Y los poetas. Ay, si se acabaran los poetas, qué pérdida irreparable. Es factible que entonces la ciencia lo cuadrara todo, una vez absorbida por la tecnología, que ya no pudiéramos preguntarle al amigo Darwin por las abejas obreras, ni por el altruismo y la conciencia, que son las cosas que cuidan, o deberían cuidar, los poetas, esos seres anómalos, fascinados por lo enigmático irresoluble, que vete a saber de dónde han salido y con los que nadie sabe qué hacer mientras tanto.

No es el caso. Al comienzo de ‘Poesía ¿eres tú?’ ofrecemos una muestra de autores desengañados, libranos Señor, que opinan, cargados de razón, qué duda cabe, que nunca se va a poder adivinar el ser de la poesía. Y hemos acudido a unos pocos, son legión los que hemos dejado en reserva: sólo en la lejana antología compilada por José Luis García Martín ‘Las voces y los ecos’ al menos tres de los poetas seleccionados renegaban de la posibilidad de penetrar la mandorla de lo lírico. El murciano Eloy Sánchez Rosillo señalaba que “la poesía, como se sabe, admite y rechaza todas las definiciones”; el ovetense, el malogrado Víctor Botas confesaba: “Francamente, ignoro qué es la poesía”; y el leonés Julio Llamazares remachaba: “Yo no puedo decir qué es la poesía”.

Yo tampoco, naturalmente. Ahora, mucho me temo, ya lo prescribe también ‘El Quijote’: “así es el espíritu o el corazón humano, que donde encuentra más resistencia tiende a poner más empeño”, que nunca cejaré en este tesón emocionado, se mire por donde se mire inútil, este no saber enfocado hacia las pistas borradas del latido de la unidad original, a seguir merodeando errante su vibración y los vínculos perdidos u olvidados, el que me ha empujado, inaccesible al desaliento, inquebrantable en el propósito, al obstinado, temerario quehacer, más bien entrega, del mester más hermoso que conozco.